

entre los Colque: las sirvientas no pudieron seguir conservando su honradez y los trabajadores golondrina se fueron más lejos.

Pero la pobreza ocasionó un mal de mayor alcance: el envilecimiento del oficio. Los sanadores Colque aceptaron comerciar con el dolor. Dijeron que alguien sanaba cuando sabían que no, traficaron los secretos preciosos que las generaciones les habían heredado. Y así perdieron la honra y el reconocimiento.

Cuando Sabino era un niño, los dos tíos viejos, hermanos de su abuela, guiaban a la familia. Por ese tiempo todo sucedía bajo una luz de trascendencia que daba a la vida su verdadera importancia.

Los Colque de entonces conservaban el privilegio de ser pasantes en las procesiones de carnaval. De sus bolsillos salía el dinero necesario para vestir de gala la imagen de la Virgen de Copacabana, que luego cargaban sobre sus hombros. De sus bolsillos salía el dinero para la chicha y el pan de rosca que es obligado repartir. Pasantes en el carnaval y sanadores de oficio, era grande la autoridad de los Colque sobre los cuerpos y las almas.

Aunque al principio nadie en la familia creyó que semejante memoria fuera posible, Sabino podía recordar un hecho acontecido cuando era muy pequeño, y fue capaz de dar detalles que los mayores aceptaron como ciertos.

-Me acuerdo bien de una manta con flores. Y yo, para sostenerme, me agarraba de unos alambres, de un tejido de alambres. Entonces llegó a visitarnos alguien que no pertenecía a la casa.

Su abuela y su madre confirmaron el recuerdo. Era verdad. Tuvieron una conejera en desuso que sirvió como corral para Sabino cuando el niño apenas caminaba, y era verdad que la conejera estaba cubierta con una manta floreada.

-¿Y cuánto más se acuerda?

-Me acuerdo bien claro de todo ese día. Había mucho olor a comida.

-Había, sí, porque era domingo -admitió la abuela.

-Antes de que llegara la visita, los tíos secreteaban, cerca de donde yo estaba, sobre asuntos de salud y curación.

Debemos primero determinar si la enfermedad es fría o es caliente. Las enfermedades frías vienen de afuera, por intrusión de una calidad fría. Corriente de aire o alimento frío que llegan cuando el hombre se halla débil. Las enfermedades calientes empiezan en el interior del cuerpo...

Los tíos viejos hablaban lejos de las mujeres y cerca de la jaula para conejos que, recubierta con una manta, le sirvió a Sabino como corral de su primera infancia. Parado allí, prendido a la tela de alambre, el niño escuchó hablar de los dones de la familia Colque: el ver y el sanar.

Se trataba de un domingo parecido a todos, cuando iniciaba para los hombres una borrachera que, bien racionada, podía durar hasta la noche.

Era habitual que, después del almuerzo, los sanadores se reunieran en ronda con los hombres jóvenes de la familia para pasarles sus conocimientos, de modo que el

oficio no se perdiera. En ese quehacer estaban cuando una visita les interrumpió la tertulia.

-Recuerdo que alguien llegó, y no era Colque -Sabino podía recordar el perfume diferente que había entrado a la casa-. Llegó un hombre que olía como perra. Llegó y se acercó a los tíos viejos. Estuvo un rato en la casa, pero no aceptó sentarse ni comer ni tomar. Cuando se fue, los tíos quedaron hablando y al final se pelearon unos con otros.

-Y usted se acuerda de lo que dijeron los tíos, Sabino.

-Eso no.

Sabino no recordaba la conversación que los sanadores habían sostenido, aquel domingo, después de que el hombre de afuera dejara, la casa. Pero los mayores de la familia sí.

Porque a partir de ese domingo, los sanadores se dividieron en las opiniones. Distancia que duró para siempre.

Uno de los tíos dijo que no era bueno andar entre políticos, y meterle a la gente que recobraría la salud si votaba así, y no la recobraría si votaba de este otro modo.

El otro tío, secundado por la mayoría de los hombres Colque, respondió que no era malo. Si al fin la gente iba a votar de cualquier manera. Y que la familia estaba con mucha pobreza.

Durante años los Colque se preguntaron cómo podía Sabino recordar el domingo en que llegó un delegado político para pedirles a los tíos que pusieran su nombre al servicio de los programas partidarios. Prometiendo que, si lo hacían, iban a retribuirles con generosidad.

Lo cierto es que las consecuencias de ese pacto no fueron buenas para los Colque. Nada resultó bueno para ellos. Todo resultó malo para la familia.

Las retribuciones prometidas no llegaron nunca. En cambio, los tíos Colque se quedaron sin fama entre la gente pobre. Los sanadores más viejos murieron pronto y los partidarios ni siquiera fueron al velorio.

Sabino creció en una familia decaída y sin misterios. Con la muerte de los tíos, los domingos se transformaron en pura borrachera mal racionada. Faltaban, después del almuerzo, las palabras de los sanadores, que se sobreponían al alcohol y lograban que toda la familia se sintiera parte de una verdad más vasta y antigua que la miseria.

Cuando Sabino tuvo asomo de vello vio irse a muchos de los suyos. Y vio a las mujercitas de la familia llegar pintarrajeadas y ojeras a los almuerzos del domingo.

Cuando Sabino tuvo asomo de coraje le avisó a su madre que también él se iba a una ciudad lejana en busca de la suerte que en Tarabuco faltaba. Y faltaría para siempre.

En la plaza de la tragedia Mijaíl no cesaba de hablar de Ángela y el carnaval. Explicó, sin que nadie le preguntara, que la propia Ángela le había contado todo a Graciela. Y enseguida, Graciela se lo contó a él. Porque solamente a un boliviano se le podía ocurrir que una mujer se iba a quedar callada. Mijaíl hablaba y hablaba. A lo mejor, contando una parte de la verdad se le aliviaba esa incomodidad en la conciencia.

Sabino Colque recordaba los años de Tarabuco mientras comenzaba a sentir una ausencia entre el corazón y el estómago.

Por enseñanzas recibidas de su familia, el yuyero sabía que esa ausencia se conocía como presentimiento y así se estimaba. Aunque primeramente eso no significaba gran cosa, sino solo una falta en el cuerpo que debía ser tomada en su justa medida. Sin alarmas desmedidas.

No hay que correr tras los presentimientos; más bien al revés. Que los presentimientos nos corran y nos tiren de la ropa hasta demostrarnos que son atendibles.

Colque sacudió la cabeza para desprenderse de la sensación de desgracia que empezaba a cerrarle el pecho.

—Véngase, mi Primo —le dijo al perro, que dormía echado a sus pies.

Un hecho desacostumbrado acentuó el mal contorno del día. El auto blanco se detuvo un momento en la puerta de Lyon. Ropa de mujer. Con dos bocinazos y un gesto, el hombre joven anunció que estacionaba y volvía. Igual que siempre, pero una hora antes. Una hora antes.

—¿No es temprano para que venga a buscarla?

Colque no preguntó porque se sintiera con algún derecho sobre Ángela. En realidad, intentaba llevar cuenta de la cantidad de indicios que se sumaban como anuncios de la tragedia.

Para Mijaíl, que transitaba el sendero de la traición, era indispensable menospreciar a Colque.

—No te hagas el novio, boliviano. Que novio, lo que se dice novio, es el rubio ese.

Colque inhaló fuerte como si estuviera evaluando, por el olor, el sentido último de aquella visita adelantada.

—Véngase, Primo.

El perro se le encimó a las piernas y el yuyero le rascó fuerte las orejas.

Mijaíl insistía en conocer los detalles sobre Ángela. Tamaños de la mujer, texturas, calor y humedad. Y, ante todo, sus palabras. Sobre todo sus palabras, porque lo que una mujer decía o susurraba le permitía a Mijaíl conjeturar, con altas probabilidades de acierto, qué podía esperarse de la hembra.

Sabino Colque seguía callado.

Cuando Mijaíl hacía ruidos con la respiración era a causa de la harinilla que ocultaba y aspiraba, que aspiraba y ofrecía. Mijaíl arrastró la cara por el hombro derecho para secarse el agua que le chorreaba de la nariz. Después miró hacia los costados y hacia arriba como si estuviese esperando el inicio de una tormenta anunciada. Saltó del banco y corrió hasta un bebedero, donde permaneció un largo rato tomando agua. Enseguida regresó a sentarse en el respaldo del banco con la cara mojada; repentinamente tranquilo y conforme.

—Yo tengo una especie de clasificación —Mijaíl seguía con lo mismo—. Según lo que digan, las ubico. ¿Me entendés, Colque?

Sabino no respondió, no sonrió.

—Están las que usan verbos, que no son iguales a las que usan comparaciones. Están las que preguntan, están las que dicen no... Un caso interesante, las que dicen no.

La clasificación era larga y precisa. Pero como el yuyero no escuchaba, Mijaíl la abrevió para sí mismo.

—Y están las que yo nunca tuve... Las que cantan bajito. Mijaíl hilvanaba bien las palabras; jamás las dejaba caer.

Apenas se conocieron, Sabino Colque le había elogiado la manera de hablar. Pudo haber sido la felicidad por aquel reconocimiento la que llevó a Mijaíl a nombrar a su padre, por vez primera, frente al yuyero.

—Llegó al barrio subido en unos zancos altísimos. Parece que eran de un circo extranjero... Llegó con otros cuantos más, mujeres y hombres, aunque a los zancos solamente se subía él, porque no te vayas a creer que es tan fácil. Parece fácil, pero no es. Más con esos zancos que venían de Europa, del circo de Moscú, creo. Ahí fue cuando conoció a Marina, que, en ese entonces, tuvo que haber sido muy linda. Por eso yo digo que salí lindo como ella y alto como los zancos.

Aquel fue el día en que Sabino Colque y Mijaíl estuvieron más cerca del cariño. Después, las faenas de la plaza y la vida los regresaron a sus soledades. Para Colque, la pensión de mala muerte donde le habían asignado una habitación ennegrecida. Para Mijaíl, su venta de harinilla y su rabia.

—Nunca supe dónde quedaron los zancos. Y Marina tampoco sabe —le explicó a Sabino aquel día—. En cambio me dejó libros. Muchos libros.

Vagamente, el yuyero boliviano pensó que Mijaíl hablaba para tener un padre.

Sabino Colque seguía un recorrido fijo, calle por calle, dolencia por dolencia. Su valija repleta de yuyos tenía el

don de unir, de vez en cuando, la decencia barrial con la ralea barbuda y borracha que ocupaba la plaza y vendía baratijas sin pagar impuestos.

Los yuyos de Colque hacían posible que llegara hasta el banco de la plaza una buena vecina que sufría de insomnio.

—Ahí viene a visitarte una vieja —dijo Mijaíl.

La presencia de la vecina alejó las sombras, acalló los graznidos. La tragedia se metió en su caldo. Y una conversación de iniciados dejó aparte a Mijaíl.

—¿Cómo anda, Sabino?

—Aquí.

—Hace dos noches que no concilio el sueño, y eso que tomé el yuyo.

—¿Dejó asentar?

—Las doce horas.

—Espere, a ver... —el yuyero evaluaba—. ¿El agua del remojo?

—Como siempre, apenas tibia.

El yuyero se quedó pensando.

—¿Y si lo hago más fuerte? —preguntó la mujer.

—Eso podría.

—Pero le estoy poniendo miel, Sabino, porque me queda gusto amargo.

—Así es el yuyo.

—Ya que estamos, deme unas semillas de anís.

La mujer pagó y se fue sin mirar a Mijaíl, que, ese día, habría deseado saludarla.

—¡Vieja de mierda!

A Mijaíl no solía irritarlo el desprecio de las personas decentes. Al contrario, lo enorgullecía. Esa tarde,

sin embargo, se enfureció. Quizás porque supo que sin importar lo que hiciera, ni cuánto traicionara a sus semejantes, siempre iba a pertenecer a la fauna execrable de la plaza.

-¡Y es mil veces más rata que yo! -mordió Mijaíl-. Mil veces más rata.

El tiempo de esa tarde no pasaba. Rondaba el tiempo.

Mijaíl calculó el futuro inminente en la esfera barroca del reloj que había comprado en la terminal de ómnibus. Después, miró la hora en el cielo.

Como lo hacía cada atardecer, Sabino se santiguó con gestos diminutos. Venía el momento de saludar al Sol, y esa tarde de malos augurios debía hacerlo mejor que nunca. Se puso de pie y sacudió el cuerpo a modo de preparación. Mijaíl, que conocía el ritual, había dejado de reír hacía ya tiempo. Vaya a saber qué cosa lo impulsó aquel día a retomar la burla.

-Bueno, Primo, empezó la payasada de los indios -y gritó golpeándose la boca.

Las luces de la plaza se habían encendido mientras Sabino hablaba de yuyos con la vecina.

Desde la vereda opuesta, detrás de la vidriera que reflejaba la verdad de la plaza, *Lyon* también miraba a los dos hombres sentados en el banco.

-Mijaíl -dijo Colque.

-¿Qué hay, yuyero?

-Nada.

El yuyero metió la cara en la pelambre incompleta de su perro. Respiró ahí dentro a ver si encontraba su calle de barro, sus secretos, la herencia de los Colque curadores

y congraciados. Sabino Colque buscó consuelo en el olor húmedo de su perro.

Zancos y libros. En los sueños del niño esas palabras levantaron polvareda.

Durante su infancia, tan breve que podía contarse en manzanas, Mijaíl aceptó con gusto que su madre le hablara del hombre que había llegado en zancos desde el horizonte.

-Tu padre precisaba tener dos nombres para que no lo mataran -le decía su madre.

Y susurraba una palabra: guerrillero.

La mujer había amado al guerrillero sin entenderlo, sin creerle. Solo esperaba pacientemente a que él terminara sus largas explicaciones sobre el mundo. Claro que, a veces, se cansaba y entonces se desprendía la blusa en medio de la lucha de clases y lo besaba despacio, obligándolo a postergar la reforma agraria.

-Tu padre llegó al barrio con otros que tenían las mismas ideas. Y enseguida se hizo querer. Muchas veces me cantaba canciones que no estaban de moda, pero eran lindas -decía. Y esa aparentaba ser la única, la verdadera causa de su amor.

El día en que Mijaíl cumplió diez años, su madre buscó de memoria en el desorden del mueble. Buscó y sacó una bolsa de nylon atada con varios nudos.

-Tomá -le dijo-. Eran de él.

El niño recibió lo que su madre le daba y salió. Caminó hasta unos matorrales que crecían cerca y se sentó a la sombra de un paraíso. Desató con dificultad los nudos apretados por los años y metió la cara en la bolsa. Había

libros. Los contó: cinco libros. Mijaíl pensó que no debía apurarse. Se alzó sobre un costado y con la mano libre apartó las piedras que le molestaban. Volvió a su sitio comprobando la comodidad de la postura. Se ajustó los cordones de las zapatillas y recién entonces puso la bolsa sobre sus piernas largas y flacas.

Sacó con cuidado uno de los libros. Decía *Antología poética*. Miguel Hernández.

Entonces el niño hizo los aspavientos de quien va a abrir al azar pero desea que el azar lo note para que haga bien su parte. Infló la cara de aire y sopló la tierra con exageración. Pasó el pulgar derecho por el canto oscurecido de las hojas, volvió a pasarlo. Primero entreabrió el libro usando la uña. Después leyó.

*Dad cuerda, pescadores, a los ríos...*

Mijaíl cerró el libro de golpe, casi asustado de que alguna de aquellas palabras fuera a escapar de entre las hojas. Lo dejó a un costado y tomó otro. Decía *Rikki Tikki Tavi* y otras historias de la selva. Lo abrió.

Este singular escritor nació en Bombay, de padres ingleses...

Mijaíl ya había aprendido palabras que nadie en el barrio de pobres conocía: *antología*, *dad*, *Rikki Tikki Tavi*, *Bombay*...

El legado paterno fueron palabras. Legado que con el paso de los años revelaría un poder que, entonces, Mijaíl

no pudo imaginar. Porque en un sitio como el barrio de pobres, donde las palabras escasean y se aniquilan, aquel capaz de tratar con ellas, hilvanarlas, hacerlas jugosas, puede ver más allá de su propia desgracia.

Desde los cinco libros que heredó de su padre, Mijaíl construyó su sitio en el barrio, en la plaza y en la ciudad vieja.

El pensamiento de Mijaíl y sus acciones fueron resultado de aquellas lecturas repetidas, y luego enlazadas, trastocadas, superpuestas a su oscura realidad. De ese cruce salían las historias que les contaba a sus amigos, gracias a las cuales comenzó a ganar prestigio en el barrio de pobres.

-Y entonces -contaba Mijaíl a los diez años-, los hombres de zancos se disfrazaron de pescadores para que nadie los matara. Y había uno, el más valiente de todos, que había nacido en el barrio Bombay... A ese se le ocurrió que los ríos podían ser amigos de ellos y ayudarlos a ganar la guerra. Por eso se daba vuelta, con la mano levantada, y les gritaba a los otros hombres: "¡Dad cuerda, dad cuerda...!".

Los chicos del barrio lo escuchaban con los ojos fijos. Y no importaba lo que entendieran, se les revolcaba el corazón en el cuerpo.

-Pero un día, el hombre de zancos se cansó de ser bueno, de hacerse querer y de cantar canciones lindas, porque igual todo era porquería y tristeza. Así que se montó a los zancos y se fue de Bombay gritando "Rikki Tikki Tavi", que en el idioma de ellos quiere decir "Ya no me importan los ríos".

Gracias a su destreza con las palabras, Mijaíl tuvo desde temprano mujeres que lo alimentaron y lo vistieron.

Y apenas engordó lo suficiente se volvió intermediario en la venta de harinilla.

-Y resulta que cuando el hombre de zancos se fue, su hijo encontró una bolsa de *nylon* que estaba escondida en el ropero y atada con muchos nudos. La madre quiso quitarle la bolsa, pero no pudo. El hijo del hombre de zancos abrió la bolsa y encontró un revólver..., cinco revólveres. Y como estaba muy enojado salió a los balazos por la calle. "¡Rikki Tikki Tavi!", gritaba el hijo del hombre de zancos para que todos en el barrio Bombay aprendieran a respetarlo. "¡Rikki Tikki Tavi, ya no me importan los ríos!"

Caminar fatalmente, ir tras los pasos del rey.

La tragedia posee motivos eternos, razones infinitas para imponerse. Es omnipresente y su látigo son los grandes símbolos. ¿Quiénes y desde qué arrogancia serían capaces de negarla? ¿Quién, de cara a la tragedia, puede decir tres veces: "No la conozco"? ¿Quién puede aseverar que el camino que anda le pertenece?

Los hombres y las mujeres que ocuparon esta plaza, lugar y verano de la tragedia, no fueron capaces de hacerlo. Más bien, tras cada paso y con cada palabra, fueron tejiendo el sudario que les correspondía.

Ángela y Graciela eran las únicas empleadas de *Lyon*, un negocio de moderadas pretensiones con gusto para mujeres de más de treinta que querían vestir elegantes pero juveniles, juveniles pero no ridículas.

Últimamente, la mala salud impedía a la propietaria de *Lyon* ocuparse del negocio tanto como hubiese querido.

Pero estaba Graciela, que trabajaba allí desde la inauguración, conocía el movimiento, sabía diferenciar entre sonrisas para proveedores y sonrisas para la clientela. Era capaz de determinar con una ojeada cuándo valía la pena y cuándo resultaría inútil desordenar la pila de tejidos de puro algodón con una hebra de seda.

La llegada de Ángela, después de que la dueña del negocio tuviera que someterse a la primera operación, le sirvió a Graciela para aumentar su eficacia como vendedora. Fue muy fácil, bastó prenderse de la belleza extraordinaria de aquella chica.

-Ángela se llevó el mismo vestido en color negro -decía Graciela. Y la señalaba.

Las clientas de *Lyon* miraban con detenimiento a la chica de cabello oscuro y ojos que estaban más allá de cualquier azul. La miraban con una mezcla de recelo y esperanza creyendo, de algún modo, que el vestido obraría el milagro.

Graciela tenía cuarenta y tres años, un cuerpo con las ventajas y las desventajas de no haber engendrado. Y un apotegma grotesco sobre la vida que la mantenía a salvo: "Yo la disfruto".

Para disfrutarla, Graciela trabajaba en *Lyon*, sonreía de dos maneras, se enamoraba de hombres casados que jamás se enamoraban de ella. Y salía, salía mucho.

-Salgo mucho -decía Graciela-. Yo soy de salir mucho...

Le gustaba decirlo. Aun a Mijaíl, que asentía con seriedad. Y buscaba el modo de que lo repitiera:

-¿Y adónde te gusta ir, Gracielita?

-A cualquier lado, el asunto es salir.

Apenas Graciela se despedía, mientras cruzaba la calle hacia la tienda, Mijaíl empezaba con lo suyo:

—¿Sale? ¿De dónde sale? ¿Cómo esta tipa se imagina que es capaz de salir?

A Sabino Colque le gustaban esos discursos, cuando Mijaíl hablaba para que lo escuchara su padre muerto. El yuyero atendía con solemnidad, y jamás hacía comentarios.

Sin importar por dónde comenzara, Mijaíl acababa siempre en la celebración de la desventura.

—Porque salir, lo que se dice salir, no es para cualquiera. ¡Salir! —Mijaíl se esforzaba por llegar a su causa—. Salir significa meter fuego atrás y adelante. Salir, Colque... ¡Salir es cagarse de dolor!

La que luego sería madre de Mijaíl, tenía diecisiete años vividos en la miseria del barrio cuando ellos llegaron, por primera vez, un sábado por la tarde.

Eran jóvenes y mostraban sus risas porque no les faltaban dientes. El cura los acompañó en su recorrida, anunciando una función de teatro para ese mismo día, a las siete, frente a la escuela. Niños y mayores, todos iban a maravillarse.

El que luego sería padre de Mijaíl tenía a su cargo el papel de Gran Ladrón. Entró a escena montado en zancos. Una capa negra, un antifaz. Y un juglaresco alarde de perversidad. Al final de la función, la que sería madre de Mijaíl estaba enamorada.

Después de los aplausos, el Gran Ladrón se bajó de los zancos. Y retomó su voz natural.

El cura del barrio lo presentó con uno de sus dos nombres. Algunas personas se alejaron murmurando, igual que si se tratara del momento de poner monedas en la gorra. Otros se quedaron. Y se sentaron en ronda para escuchar lo que esos jóvenes tenían que decirles acerca de los verdaderos motivos de su pobreza.

El Gran Ladrón, que parecía tener cierta ascendencia sobre los otros, les dijo que aquel era un barrio con suerte por tener un cura que, igual que Cristo, estaba del lado de los desdichados y de los pobres. Dijo que había mucho por hacer, y que no debían caer en la trampa de apedrearse entre vecinos por las limosnas de la burguesía. Dijo también que iban a regresar todos los sábados para hacer teatro con los chicos, para reunirse con los mayores...

La que luego sería amada del Gran Ladrón y madre de Mijaíl preguntó si podía anotarse aunque tuviera diecisiete años.

Gran Ladrón (Al público.): Quien piense que sólo me alimento de queso, chocolates y sandía está muy pero muy equivocado. Porque mi gran barriga necesita sueños. ¡Sueños...! Yo busco sueños, robo sueños y, glup, engullo sueños. Me gustan los sueños de los chicos, son los más sabrosos. Y vine a este barrio (ishhh!, no se lo digan a nadie), vine a robar los sueños de... ¡De este niño que está acá! ¡De este...! ¡Y de este otro!

A la madre de Mijaíl le gustaba recordar el monólogo del Gran Ladrón, cuando los chicos le tiraban tierra y